

Casarse del pais las Viejas todas,  
Diz que exclamaron con dolor profundo,  
Tirándose los Viejos las orejas:  
*¡Benditos sean Dios y san Facundo!*  
*¿Qué Viejo, aun siendo astuto sin segundo,*  
*Competirá en astucia con las Viejas,*  
*Mientras existan Viejas en el mundo?*

FABULA XCVI.

EL TABIQUE DE PAPEL.

AL EXCMO. SEÑOR

DON LUIS RODRIGUEZ CAMALEÑO,

Senador del Reino.

*Yo no sé si deliro ó si lo sueño;*  
*Pero creo excusado, CAMALEÑO,*  
*Plantear en la tierra Instituciones*  
*Para hacer venturosas las Naciones,*  
*Si la Reforma con sus vivas lumbres*  
*Solo ofusca la vista, ó no se encarna,*  
*Lo propio que en la Ley, en las Costumbres.*  
*Aludiendo yo un dia por acaso*  
*A esas dos entidades diferentes*  
*Que deben juntas ir al mismo paso,*  
*Escribí; de ilusiones al abrigo,*  
*Esta que algunos llamarán conseja,*  
*O por mas irrisión, cuento de vieja:*  
*Escúchame indulgente, ilustre amigo;*

*Tú, Filósofo honrado y virtuoso;  
Tú, que tan bueno, afable y cariñoso  
Te has sabido mostrar siempre conmigo.*

Un Sábio, que á fuer de serlo  
Ha llegado á enloquecer,  
Diz que ha alzado un gran Palacio  
De oro y mármol todo él.

Por un extraño capricho  
(Manía mejor dire),  
Dos solos departamentos  
Tiene el Palacio novel.

Es el uno un gran Salon  
Bello hasta más no poder,  
Y tan ancho y espacioso  
Como ninguno se vé.

El otro, por un contraste  
Dificil de comprender,  
Es una Cuadra indecente,  
Aunque muy grande tambien.

Mas no es eso lo más raro,  
Ni lo mas extraño es,

Sino el dividirlos solo  
Un Tabique de papel.

Por eso, siendo tan débil  
La susodicha pared,  
Ya comprendereis cuán fácil  
El franquearla ha de ser.

Es del Salon inquilina  
Una Dama de alto prez,  
O por decirlo mejor,  
Un Angel más que mujer.

La otra estancia mientras tanto  
Se vé ocupada á su vez  
Por otra Mujer horrible  
Peor que el mismo Luzbel.

¿A quién, sino á todo un Loco,  
Pudiera ocurrirle, á quién,  
Bajo un mismo techo a entrambas  
Tan locamente poner?

¿Quién, hecho tal disparate,  
No hubiera alzado, pardiez,  
Entre las dos una tapia  
De cuatro varas ó seis?

Por desgracia, ya os he dicho  
Lo que es el Tabique aquel,  
Y de ahí podeis inferir  
Lo que allí ha de suceder.

Por más aromas que aspire  
La Diosa de que os hablé,  
Los inmediatos miasmas  
La han de enojar y ofender.

Mas no son ellos tan solo  
Los que pasan al través,  
Sino que la Hembra-demonio  
Se cuela dentro tambien.

¿Qué mucho, si aun la Deidad  
Da en la Cuadra alguna vez,  
Cuando por algun descuido  
Se arrima al frágil dintel?

En vano cien y cien veces  
Se hace este recomponer,  
Pues al percance menor  
Se rasga otras cien y cien.

¿No habrá quien levante allí  
Muro de más solidez

Entre la Fada del mal  
Y la Madona del bien?

No lo sé; pero hasta ahora  
Contiguas vivir se ven  
La *Libertad* santa y pura  
Y la *Licencia* soez.

Si hay alguno que lo dude,  
Yo en respuesta le diré  
Que el *Orden* y el *Despotismo*  
Viven contiguos tambien.

¿Qué los separa entre sí?  
Un Tabique de papel;  
Pero es necesario un muro,  
Y que lo eleve la LEY.

¿Mas qué es la LEY por si sola?  
La obra es magna, y no la hareis  
Sin VIRTUD en el que manda  
Y en el que ha de obedecer.

FABULA XCVII.

EL PADRE Y EL HIJO.

—Eh! ya veo que en juegos y en diabluras  
Me has de quitar la vida  
Con tus inaguantables travesuras.

—¿Porqué lo dice usted?

—Tú, tú lo dices ;  
Tú! que vienes con sangre en las narices.

—Me di un golpe, Señor , andando á oscuras.

—Y vamos... bien! ¿y qué?

—Yo no veía,  
Y claro está, Señor...

—Cierra ese pico,  
Que lo claro es aquí la razon mia:  
Si caminas de noche y no de día ,  
¿Porqué no enciendes una luz, horrico?

—Padre, dice usted bien: *yo me excusaba*  
*De una falta con otra.*

—Buen consuelo!

—Fuí realmente un aturdido.

—Acaba.

—*Mas yo me enmendaré.*

—*¡Quiéralo el Cielo!*

FABULA XCVIII.

EL MOTIN.

*Para cada insurreccion  
En que los hombres se batan  
Por cosas que ideas son,  
Hay catorce en que se matan  
Por una mera ilusion.—*

Hubo motin en Sevilla;  
Y uno de feroz patilla  
Que la grey acaudillaba,  
«No hay salvacion, exclamaba,  
Si no cae la Camarilla.»

— «¿Quién es ella, voto á tal?,»  
Preguntóle un tal por cual;  
Y contestó el de la grey:  
«Una Sobrina del Rey,  
Que le aconseja muy mal.» —

FABULA XCIX.

EL BURRO EN EL CONCIERTO.

En un bello jardin que se extendia  
A la orilla del Tibre,  
Sonaba una dulcísima armonía  
Que bajada del cielo parecia:  
Era la de un concierto al aire libre.

Oyóla un Burro que paciendo estaba  
Un poco más abajo,  
Y entróse en el local donde sonaba,  
Cuando ante el Coro atronador cantaba  
El ária aquella de Oroveso, un Bajo.

Del Cantante á la voz profunda y llena  
En *bravos* á porfia  
Todo el recinto del jardin resuena;  
Y el Burro dice entonces: «voz muy buena  
La de ese Artista es; pero... ¿y la mia?» —

Y de aire y aire su pulmon hinchendo  
Con el cuello encogido,  
Vuelve el cuello á alargár, la boca abriendo,

Dando rebuzno tal y tan tremendo,  
Que hace al Coro correr despavorido.

Gozoso el Burro con su insigne hazaña,  
Espera que á interválos  
Bravos le dé la musical compañía;  
Pero vienen sobre él llenos de saña,  
Y le echan todos del jardín á palos.

En vano á coces sin prudencia y seso  
Por defenderse lidia,  
Pues cada palo le quebranta un hueso,  
Por fin huye del Coro y de Oroveso,  
Y les dice al huir: «*envidia! envidia!*»

FABULA C.

EL GATO LADRON.

Á MI BUEN AMIGO

*el elocuente Orador y distinguido Jurisconsulto*

DON ESTANISLAO FIGUERAS.

*Aunque de muy distintas opiniones  
En eso que Política llamamos,  
Como en buena amistad no hay disensiones,  
Olvidando políticas pasiones,  
Nos debemos amar, y nos amamos:  
Item más, concordamos  
En odiar á los tunos y bribones.  
¿Que va á que oyes gustoso y aun contento  
De mi GATO LADRON la chusca historia?  
La sé de cabo á rabo de memoria,  
Y pues he de contarla, va de cuento.*

Marramaquiz un Gato se llamaba  
Que en lo listo y sagaz sobrepujaba  
A todas las Raposas y Garduñas;

Gato de faz redonda y rubio pelo,  
Chata nariz, ojazos de Mochuelo,  
Erizado bigote y largas uñas.

Ladron de profesion, era no obstante  
Maulero y mogigato,  
Lo cual quiere decir, *dos veces Gato*;  
Y era tan diestro en manejar el guante  
Y en ocultar con rara hipocresía  
Cuantos robos hacia,  
Que nadie en un momento de sorpresa  
Pudo nunca atraparle con la presa  
Que arrebatara solia,  
Siendo él en esto tan bribon, tan pillo,  
Que por si algo quedaba entre sus dientes,  
Jamás se presentaba ante las gentes  
Sin limpiárselos bien con un palillo.

A pesar de tamañas precauciones,  
Encontróle una vez la Cocinera  
Devorando en su oculta madriguera  
De una Perdiz el cuello y los alones.  
Al grito de *ladrones*,  
Echó el Gato á correr desaforado  
Camino del tejado;  
Pero no hallando abierta  
Del tejado la puerta,

A la calle saltó por un boquete,  
Cayendo de tan alto, que el pobrete  
Perdió toda una vida en su arrebato;  
Mas quedáronle seis, pues todo Gato,  
Para casos así, cuenta con siete.

Quince dias de cama y de dolencia,  
Y otros tantos de rígida abstinencia,  
Le costó al infeliz el golpe fiero,  
Con más un mes entero  
De penosa y crüel convalecencia.  
Al cabo, un si es no es restablecido,  
Si bien en esqueleto convertido  
Con tantos dias de ayunar sin tasa,  
Trató de buscar casa  
Donde de nadie fuese conocido;  
Y al fin le deparó su buena suerte  
La de un Ricacho fuerte  
Y cortés además y *humanitario*,  
El cual le abrió su techo hospitalario,  
Al ver en él la imágen de la muerte.

El pasado escarmiento,  
Unido al singular recibimiento  
Que al Amo nuevo en su mansion debia,  
Claro está que exigia  
Mejor conducta en él; mas ni un momento,

Aunque cosas creais que cuento estrañas,  
Renunció el Gato á sus antiguas mañas:  
Al contrario, pensando en lo ocurrido,  
Cuidó solo de ser más precavido;  
Y aun no habia pasado un breve rato  
Despues de un agasajo tan completo,  
Ya tenia el bribon en el coletó  
Un Pollito, un Pichon y medio Pato.

Absorto y turulato  
Cuenta al Amo el desman que ha sucedido  
El Cocinero en cólera encendido,  
Y el Amo le contesta: «espera un poco,  
Pues si no me equivoco,  
Oigo ruido de dientes allá dentro:  
¿Quién mascarará? Salgamos á su encuentro.»

Y salen con efecto... y vaya un lance!  
O por mejor decir, ¡vaya un percance!  
El autor de aquel ruido endemoniado  
Era un Lebrel honrado,  
Que habiéndose encontrado tras un rollo  
Los huesos del Pichon y los del Pollo  
Y los del Pato á medias devorado,  
Creyó de buena fé licita obra  
Darles abrigo en su inocente panza  
A título de sobra;

Pero hete aquí que el Amo se abalanza  
Con un palo hácia él, fiero, irritado,  
Y le dice: «Ladron desorejado,  
Perro que fiel creí con grave yerro,  
¿Esas tenemos? Pues engulle, y toma!»  
Y á palos lo desloma,  
Y paga por el Gato el pobre Perro.

En el dia inmediato  
No pudo al Cocinero hurtar el Gato  
Nada absolutamente,  
Pues aquel, con cuidado diligente,  
No abandonó un momento la Cocina;  
Pero en cambio, no es broma,  
Pilló en el palomar una Paloma,  
Y luego en el corral, una Gallina.

Escándalo tan grande  
Hace que el Amo mande  
Que vengan al instante á su presencia  
Cuantos Gatos están á su obediencia  
Y cuantos Perros hay á su servicio,  
Pues quiere al punto celebrar un juicio,  
Y oídos todos, pronunciar sentencia.

El Perro apaleado,  
Aunque tullido aun y deslomado,



Es el primero en auxiliar sus fines,  
Siguiendo detras de él sus compañeros,  
O sea otro Lebrel, dos Perdigueros,  
Un Alano, un Pachon, y tres Mastines.  
Entran de ellos en pós, baja la cola,  
Un Gato Granadino, otro de Angola,  
Y hasta otros ocho ó diez de varias clases  
Que no describo por ahorrarme frases,  
Y entre ellos el Ladron, que está seguro  
De que nadie le ha visto ni atisvado  
En el desman mas leve  
De los muchos que él solo ha perpetrado.

El Perro apaleado  
Le mira, y pide la palabra, y dice:  
«Amo mio y Señor, ayer la pena  
De un hurto pagué yo; mas no lo hice.  
Por lo que á mí y á todos interese,  
Pido que ese bribon, á ley de Gato,  
Nos diga á todos si padece flato,  
Y respondiendó sí, que se le pese.»

Marramaquiz, que ni siquiera idea  
De su gordura súbita tenia,  
Estremeciósse al verla, pues hacia

Un dia nada más que era una oblea;  
Y balbuciendo un *miau* con gran trabajo,  
No sé si en voz de tiple ó voz de bajo,  
Dijo al Amo: «Señor...» pero no pudo  
Seguir hablando en evidencia tanta,  
Pues se enredó su voz en su garganta  
Como si fuese un nudo.

—«Visto!» prorumpe el Amo en consecuencia;  
Y acto contínuo, dicta esta sentencia:

«Resultando que ayer entró en mi casa  
MARRAMAQUIZ flacucho,  
Y que hoy de gordo por demás se pasa,  
Lo cual indica que es tragon y mucho:  
»Resultando que falta en la Cocina  
Un Pollito, un Pichon y medio Pato,  
Y arriba una Paloma, rico plato,  
Y allá abajo además, una Gallina:  
»Considerando que tan grave exceso  
No lo ha podido cometer bellaco,  
Sino MARRAMAQUIZ, ayer tan flaco,  
Y hoy de repente gordiflon y obeso:  
»FALLO, que le encorbaten el gañote  
En el sitio comun y acostumbrado,  
Y que sea el Lebrel apaleado  
El que le dé garrote.»

— «Bravo! dice á su vez el Cocinero:  
Auto es ese en verdad algo severo;  
Pero lógico, justo y consecuente,  
Si bien sus fundamentos se reparan:  
Y en verdad que si así les ajustáran  
Las cuentas de su lujo y su boato  
A otros muchos que engordan de repente,  
Sin saberse por nadie qué contrato,  
Qué herencia ó manda pia  
Los ha engordado así... por vida mia  
Que habria argolla para más de un Gato.»

FIN DEL LIBRO CUARTO.



FABULA CI.  
EL INGENUARIO

**LIBRO QUINTO.**

FABULA CI.

**EL PELÍCANO Y LA NATURALEZA.**

Al Pelicano admiraba  
Uno que le via amante  
Dar su sangre á sus Hijuelos;  
Y exclamó: «¡Gran Dios! ¡qué ave!»

Naturaleza lo oyó,  
Y preguntóle: «¿qué Padres  
Conoces tú, que á sus Hijos  
Les nieguen nunca su sangre?»